

De guerrero a luchador; cínico deslinde de Calderón

“Las pasiones tienen causas y no principios”

Antístenes

Por: José Alfonso Suárez del Real y Aguilera

El pasado 12 de enero, en el marco de la primera reunión de la Mesa de Diálogo para la Seguridad, Felipe Calderón sorprendió a propios y extraños cuando afirmó que nunca ha utilizado el término guerra para referirse a las acciones que su gobierno emprende en contra de la delincuencia organizada.

Tal precisión del anfitrión la expresó al hacer referencia a la reflexión y pregunta que Miguel Treviño Hoyos, Presidente del Consejo Ciudadano de Seguridad de Nuevo León planteó durante su intervención.

La intervención del representante ciudadano reflejó, con mucha cautela, el sentimiento de angustia y de zozobra que quienes viven en La Sultana del Norte, han padecido en los últimos meses en los que los ataques a instalaciones policiales, los “levantones” y las ejecuciones han llegado a grados de atrocidad nunca imaginada, como fue el caso de la ejecución pública de “La Pelirroja” a primera hora de la mañana del 31 de diciembre en el peatonal de la Avenida Gonzalitos ahorcada, dejando además del cadáver colgante de la secuestradora, - días antes “rescatada” del Penal de Topo Chico-, un narco mensaje explicando las causas de su linchamiento, como un trofeo de esa guerra a la que Treviño se refirió.

Con la vehemencia que caracteriza al inquilino de Los Pinos cuando se trata de culpar o descalificar a alguien, tuvo la desvergüenza de mentir, afirmando que durante su gestión nunca ha utilizado, ni una sola vez, el término de “guerra” refiriéndose siempre a la “lucha” en contra de la delincuencia organizada.

La imprudencia y obscenidad descarada de Calderón, convirtieron su intento de deslinde en el más cínico de sus actos, puesto que su lenguaje bélico es documentable desde aquel 5 de diciembre de 2006 en Michoacán, cuando vistiendo la enorme casaca militar y el quepí de campaña con sus cuatro estrellas, expresó convencido que se trabajaría para “ganar esta guerra contra la delincuencia”, y a partir de ese momento, el sentimiento guerrero, de un individuo urgido por legitimarse con el peso de las bayonetas, se convirtió en una constante en sus intervenciones públicas y respuestas a los medios de información.

El cinismo expresado ante al auditorio, cuidadosamente seleccionado para el lucimiento personal del titular de la administración pública federal en el Campo Marte, superó toda expectativa de un funcionario público al que su arraigada conducta a eludir sus responsabilidades nos tiene acostumbrados, y con tal actitud movió a indignación social ante la inocultable y sangrienta realidad de un país que antes de que él declarara la guerra en su natal Michoacán, tenía problemas de seguridad pública, pero no los dañinos efectos de una guerra no convencional como la que ha impuesto por capricho y de la que ahora pretende deslindarse ante la historia.

Contrario a ese malsano e irresponsable deseo, acreditan su responsabilidad en el uso del término guerra y en el abuso de su significado las más de 30 mil ejecuciones que ésta se ha cobrado; un Ejército fuera de sus cuarteles y en acciones de campaña; los bombazos, los atentados, los asesinatos de políticos, de candidatos y de funcionarios públicos; las muertes de pobladores inocentes ubicados, como en las guerras, en el casillero de “víctimas colaterales”; los miles de huérfanos que los enfrentamientos han producido; los desplazados y los refugiados por la espiral de violencia han obligado a abandonar sus terruños, o aquellos que han trasladado sus inversiones y a sus familias a países más seguros.

Pese a todos estos irrefutables hechos ahora resulta que el instigador de esa estrategia, aquel que se ufana de ir por la senda correcta y se niega a escuchar las crecientes voces por rectificar la estrategia que ha sumido al país en un baño de sangre y de barbarie, se deslinda imperturbablemente de los irrefutables daños que acreditan que la suya fue desde un principio una guerra no convencional, pero guerra al fin y al cabo, y pretenda quitarse el uniforme para convertirse en luchador, término para el que le falta mucha, pero mucha calidad humana y autoridad moral para sacar adelante un propósito.

Calderón tiene que asumir que es un apasionado guerrero, y concordando con la sentencia del más conspicuo de los cínicos de la Grecia Clásica, su pasión por la guerra tiene sus causas políticas, personales y de urgida legitimidad, pero su ímpetu no tiene, ni tendrá, principios aunque lo intente.